

ROBERT MATTHEWS

El ataque de los fantasmas del pasado

En una ciudad que no se caracteriza por tener un clima realmente bueno, el 11 de septiembre, fecha fundamental en Nueva York, amaneció todo lo hermoso que uno podría esperar para un día de comienzos de septiembre. Entre las nueve y las diez de la mañana ese clima fue hecho añicos y reemplazado por una oscuridad surrealista que envolvió a la ciudad y la dejó sumida en un aprensivo sentimiento de vulnerabilidad y miedo. Brooklyn, donde vivo, muy pronto quedó cubierto de hollín y papeles que volaban desde las oficinas sentenciadas de las Torres. Lo impensable había ocurrido: los dos edificios más altos del país se habían desmoronado; dos más caerían en las siguientes 24 horas debido a la inestabilidad de la zona.

Con el choque de dos aviones contra las Torres Gemelas (símbolo del capitalismo estadounidense) y otro contra el Pentágono (encarnación del poderío militar), ese día se volvió realidad la abstracción de una amenaza terrorista masiva contra los neoyorquinos y todos los estadounidenses.

A medida que pasaban las horas y los días, las noticias eran cada vez peores. Durante la primera hora murieron 350 bomberos —nuestra compañía local de Brooklyn Heights fue prácticamente arrasada— y más de 100 policías. Bajo los escombros había cinco mil víctimas más. Prácticamente todos conocían o sabían de alguien que estaba desaparecido. Los canales de televisión cortaron su transmisión indefinidamente porque transmitían desde torres que estaban encima de los edificios. Cerraron los aeropuertos de todo el país. Durante tres días no fue posible acceder a Nueva York desde Nueva Jersey. No era posible entrar a pie a Manhattan por debajo de la calle 14 sin un certificado de residencia. Todo esto contribuyó a que en Manhattan se creara una fuerte e inusitada sensación de aislamiento. Fue la peor ofensiva contra EEUU desde el ataque japonés a Pearl Harbor en 1941.

Robert Matthews es profesor en la Universidad de Nueva York

Traducción:
Mariana Mendizábal

La propia medicina

Hay una cierta incongruencia en la violencia que azotó a la ciudad: símbolo y arquetipo de la urbanidad y civilización moderna creada por la ambición humana y alejada de las montañas y junglas de los numerosos conflictos actuales. Pensamos que el poder y la tecnología nos protegerían —tal como los valientes bomberos y policías que entraron en las Torres en llamas pensaron que esos magníficos símbolos del alcance arquitectónico del hombre jamás se derrumbarían—. Pero era una ilusión; no estábamos fuera de alcance. La actitud de los estadounidenses no volverá a ser la misma. Más allá del trágico coste en vidas humanas y de la destrucción del perfil de Manhattan, está el precio que deberá pagar el pueblo estadounidense: nuestra paz de espíritu y nuestra sensación de inviolabilidad. Pero así como todos fuimos tocados por la violencia, todos deberemos formar parte de su resolución.

Mi primera reacción fue de furia y pena inconsolable. Luego, mientras consideraba la falta de análisis por parte de los medios de comunicación de cómo le pudo haber ocurrido esto a EEUU, surgió una perspectiva crítica: no de cómo estos hombres lograron hacer algo así, sino de por qué nos convertimos en blanco de semejante odio. Creo que puedo entender que alguien odie lo suficiente a EEUU como para cometer un acto de terrorismo. También creo que puedo entender el hecho de morir por una causa; pero entiendo menos cuando contemplo a aquellos que creen que ganarán un lugar a la derecha de Dios mediante la matanza de inocentes.

Si este ataque fuera realmente el Pearl Harbor de la III Guerra Mundial, la primera guerra estadounidense del siglo XXI, probablemente será un asunto interminable. Enfrenta a una superpotencia contra un enemigo sin nacionalidad, cuyo poder radica en la fanática convicción de su causa, un nuevo tipo de amenaza para la seguridad estadounidense. Pero, a diferencia de la guerra convencional de Pearl Harbor, éste es un enemigo distinto, con diferentes tácticas que hacen que nuestros llamados misiles de defensa carezcan de sentido. Estos grupos rechazan la política en favor de una violencia primordial y redentora. En una especie de fundamentalismo reduccionista, la violencia pasa de ser la necesidad de una táctica a un principio intrínseco, es decir, la materialización de sus creencias. Como dijo Carlos Ivan Degregori sobre Sendero Luminoso (grupo guerrillero de Perú), la frase de Pascal “el corazón tiene sus razones de las que la razón no sabe nada” se convirtió en: “la razón tiene sus pasiones de las que el corazón no sabe nada”.

Mientras los comentaristas se centraban en los actos de los terroristas suicidas, de alguna manera, era más fácil pensar que los autores eran un grupo aislado de extremistas, en lugar de contemplar los millones de personas detrás de ellos que aplaudían su diabólico trabajo. Y aunque los comentaristas hagan hincapié en la planificación y habilidades imprescindibles para ejecutar esta misión de muerte y destrucción, parece más importante considerar la intensidad del odio necesario para llevarla a cabo. Es a esta condición subyacente a la que se debe hacer frente. Ya no estamos tan seguros como antes, y en más de un país se está pensando o diciendo que EEUU finalmente está probando un poco de su propia medicina.

Mientras desarrollamos una política para combatir al terrorismo, es esta reacción la que debe ser considerada seriamente.

La idea terrorista es que uno puede hacer la guerra a relativamente bajo coste, no tanto para ganar, sino para conducir una campaña con la que desgastar, aterrorizar, desestabilizar y desmoralizar, convertir el miedo en un arma para aplicar presión política sobre una situación, doblegar al adversario. La violencia de la guerra se vuelve un fin en sí mismo. Esto se acerca a la definición de guerra de baja intensidad, tal como fue teorizada y llevada a cabo en las últimas décadas de la guerra fría. A medida que siguen llegando descripciones del desastre del World Trade Center, va surgiendo una especie de aterradora simetría con la situación de numerosos lugares del Tercer Mundo durante los últimos 50 años. Gran parte de lo que se dice (muerte y mutilación de inocentes, carnicería sin sentido, devastación, destrucción gratuita de la propiedad, poblaciones aterrorizadas, caos) podría haber sido el resumen de los horrores en conflictos del mundo menos desarrollado en los que EEUU ha tenido muchas veces las manos manchadas de sangre. Un comentarista dijo que estas cosas suceden en otras partes del mundo, no en EEUU. Sí, y muchas veces es completamente ignorado.

La matanza que acabamos de presenciar, y que no debe quedar impune, sirve para recordarnos la terrible pérdida de vidas inocentes durante la confusa lucha contra el comunismo. Esas muertes se justificaban en nombre de la religión del anticomunismo o como defensa de la libertad. Igual que el 11 de septiembre, las víctimas civiles fueron el distintivo de los enfrentamientos durante la guerra fría en el Tercer Mundo, y todavía hoy podemos ver el terrible coste que significó para estos países: los civiles son aún las principales víctimas de la violencia de las guerrillas en Afganistán y en Angola. La violencia del pasado no sólo ronda el presente sino que lo define. Los campos de minas que ayudamos a sembrar en los lugares donde esos conflictos —incluyendo Nicaragua y Camboya— hicieron estragos durante la guerra fría, todavía siguen matando y mutilando civiles, sobre todo niños. EEUU no ha querido unirse a la gran mayoría de países que ha firmado un tratado para prohibir las minas terrestres.

Se estima que durante la guerra fría murieron 25 millones de personas, en su mayoría civiles, en 125 guerras diferentes. En realidad, la guerra fría fue caliente para esas víctimas de la gran lucha de poder ideológico entre EEUU y la URSS. Tales cruzadas maniqueas permitieron asesinar con impunidad, porque todo estaba racionalizado bajo el estandarte de la causa. El fanatismo siempre facilita que el fin justifique los medios. En el mejor de los casos, se considera el dolor y el sufrimiento de las personas como un daño colateral poco afortunado, en el peor, como un fenómeno concomitante inevitable y, por consiguiente, no computado en el cálculo de la toma de decisiones.

El ataque sobre el Pentágono y las torres del World Trade Center fue un acto de cobardía. Pero también se puede ver como el terrible precio que ha tenido que pagar EEUU por ser un poderío imperialista con su propio historial lamentable de políticas llevadas a cabo con una cruel indiferencia por la vida humana, especialmente la de civiles inocentes atrapados en la línea de fuego o que se volvieron objetivos legítimos de grupos armados financiados por EEUU. En Vietnam, durante la Operación Phoenix, el ataque, tortura y asesinato de poblaciones en Vietnam

*La violencia
del pasado no
sólo ronda el
presente sino
que lo define*

del Sur fue legitimado porque se percibían como parte de la infraestructura del enemigo. Los conflictos de baja intensidad¹ de la década de los 80 se hicieron para enviar mensajes sangrientos a la Unión Soviética y a los que se percibían como sus Estados clientes, y significaban que su desviación del mundo occidental les acarrearía una severa penalización. Estos conflictos regionales fueron terribles, en tanto EEUU y la URSS usaban a los pueblos del Tercer Mundo como carne de cañón en su enfrentamiento geopolítico.

Ante la preocupación de uno de sus asesores por el tema de los derechos humanos, se dice que Kissinger le respondió que los preocupados por este tema en los debates sobre seguridad nacional eran candidatos al diván del psiquiatra. Únicamente un presidente, Jimmy Carter, hizo de los derechos humanos el eje de su política exterior, considerada por algunos como el resultado de los gimoteos de la izquierda. Carter no ganó la reelección, principalmente por lo que se percibía como debilidad de su política exterior.

Entre los objetivos de los terroristas, el 11 de septiembre, estaba desmoralizar y desestabilizar a la sociedad estadounidense, pero no hay que olvidar que esas tácticas fueron practicadas muchas veces por EEUU durante la guerra fría. De hecho, Washington hizo causa común con grupos cuyo *modus operandi* era precisamente aterrorizar, desestabilizar y desmoralizar a la población civil, siempre que esto sirviera a los propósitos de su política exterior. A comienzos de la década de los 60, tras el fracaso de Bahía de Cochinos, la Operación Mongoose organizó asaltos diarios a Cuba además de los intentos, cerca de una docena, de asesinato a Fidel Castro. En Nicaragua y Angola, los grupos rebeldes apoyados por EEUU utilizaron muchas veces el terror contra la población civil y las instalaciones no militares, precisamente para desestabilizar y desmoralizar a los Gobiernos contra los que estaban peleando. En Camboya terminamos en el bando de los jemeres rojos, un grupo que, estando en el poder, había cometido los peores actos de terrorismo de estado en el mundo desde el régimen nazi durante la II Guerra Mundial. La justificación era que ellos estaban combatiendo a los vietnamitas que habían derrocado al régimen y habían instalado un régimen pro-vietnamita en Phnom Penh (capital de Camboya).

Una fecha histórica

Una de las ironías de este hecho es que ocurrió el 11 de septiembre, fecha del 28 aniversario del golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile. Datos recientes revelan la presencia del Gobierno estadounidense, la CIA y empresas estadounidenses en este golpe. El ataque de Nueva York ha sido considerado, en sí mismo, un ataque contra la libertad, aunque fue Kissinger quien dijo sobre la elección de Salvador Allende, en 1970, que no veía ninguna razón por la que EEUU “debiera mantenerse al margen y dejar que el país se volviera comunista debido a la irresponsabilidad de su propia gente”. Washington no se mantuvo al margen; organizó

¹ Mariano Aguirre y Robert Matthews, *Guerras de baja intensidad*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1989.

una campaña sistemática de desestabilización del Gobierno de Allende hasta que fue derrocado por el ejército chileno.

Si Osama Bin Laden es el autor de este crimen, es necesario aclarar que, en última instancia, es un producto de nuestra política en Afganistán durante la década de los 80. Ésta incluyó el intento de “desangrar” a la Unión Soviética en lugar de resolver el conflicto y la entrega de gran parte de las armas a las facciones fundamentalistas más radicales, consideradas como los mejores guerreros. De esta manera, EEUU perpetuó el derramamiento de sangre hasta después de la partida de los soviéticos. Los valientes “luchadores por la paz”, como fueron apodados por el Gobierno de Reagan en la década de los 80, se convirtieron en los extremistas islámicos en la década de los 90, tan anti-occidentales como antes habían sido anti-soviéticos, que se volvieron contra EEUU en cuanto comenzó la guerra del Golfo. Del caos reinante tras dos décadas de guerra surgieron los talibán medievales, cuya intolerancia, medidas contra las mujeres y leyes draconianas lo convierten, quizá, en el régimen más sumido en la ignorancia de todo el mundo.

La primera señal de lo que la CIA llamó *blowback* (refiriéndose a lo que sucede cuando cambia el viento tras encender una fogata) llegó en 1993 con el atentado del World Trade Center. Los autores de este acto habían salido y entrado libremente de EEUU durante la década de los 80, ya que formaban parte de la red de grupos de apoyo que ayudaban al *muyahidin* en su guerra santa contra la URSS. Los antecedentes terroristas de su líder, el jeque Omar Abdel Rahman, se limitaban a su condición de conducto de dinero y armas hacia los rebeldes afganos. Quizá haya sido una alianza peculiar, como lo fue la mafia en la guerra contra Fidel Castro, pero también fue una valiosa ventaja en la lucha contra el comunismo soviético. Tras el atentado del World Trade Center en 1993, Mariano Aguirre (director del Centro de Investigación para la Paz – CIP) y yo escribimos un artículo que concluía así: “las guerras de Ronald Reagan regresan al centro de la ciudad de Nueva York como un fantasma del pasado”.

Un futuro fantasma

Lo que pasó en Nueva York y Washington es una tragedia humana de inmensas dimensiones. Los responsables deben ser llevados ante la justicia. Pero, ¿cuáles son las posibilidades de que Washington conciba una estrategia a largo plazo que resuelva las raíces profundas del problema? Éstas incluyen volver a examinar la política inhumana de negar artículos de primera necesidad al pueblo iraquí y la presencia militar estadounidense en tierras islámicas, así como el polvorín de la cuestión palestina. Aunque el unilateralismo ha sido el sello del Gobierno de Bush durante sus primeros nueve meses, EEUU necesita planear su respuesta en coordinación con otros Estados. A la larga, un enfoque multilateral servirá únicamente a los intereses estadounidenses.

Una represalia masiva o invasión por parte de EEUU es exactamente lo que quiere Osama Bin Laden. Una respuesta unilateral en el mundo islámico desencadenaría sentimientos anti-occidentales en todo Oriente Medio, establecería un conflicto maniqueo entre Occidente y el islam y amenazaría a los aliados de EEUU

*Una
represalia
masiva o
invasión
por parte
de EEUU es
exactamente
lo que quiere
Osama Bin
Laden*

como Egipto, Jordán y Arabia Saudí, país del que Bin Laden es un furioso exiliado. No hay duda de que él estaría encantado de ver al régimen saudí desestabilizado.

Osama Bin Laden es el actual cerebro del terror, pero en realidad hay millones de fanáticos deseosos de continuar la *yihad* —guerra santa—. Si no se maneja la situación con mucha prudencia, la respuesta de Washington puede desencadenar un ciclo de terror que provocará enormes sufrimientos sin resolver nada, tal como no lo ha resuelto en Israel. Si el pueblo estadounidense le da carta blanca al ejército y el Gobierno de EEUU realiza acciones unilaterales contra determinados países o Gobiernos, estaremos enviando un mensaje: no a los compromisos y las negociaciones, retornemos a los absolutos de la guerra fría. Y la violencia continuará y las víctimas seguirán siendo civiles inocentes. EEUU necesita actuar con calma, sea cual sea el estímulo emocional que nos impulsa a responder rápidamente.

Como muestra de solidaridad, la tarde del viernes 14 de septiembre hubo vigili-
as a la luz de las velas en Nueva York y en todo el país. Confiemos en que estas velas se encendieron para que existan esfuerzos efectivos, según el derecho internacional, que lleven a la justicia a los autores de este crimen y para que se traten las cuestiones subyacentes a estos hechos. Los actos de venganza podrán satisfacer a algunos, pero nunca lograrán prevenir la violencia.

¿Cómo prevenir el terrorismo sin engendrar más de lo mismo? Lo menos que podemos hacer, para honrar la memoria de los inocentes que perdieron la vida y atesorar las hazañas de los valientes, es esforzarnos para que exista justicia según la ley, para que se alcance la paz y la reconciliación, y, sí, para aceptar la noción de compromiso en nuestras posiciones en el extranjero. Vivir con absolutos y creer que uno tiene el monopolio de la verdad es una fórmula segura para desatar la violencia.